

## **MUERTE DE PERROS**

### **FRAGMENTO DE UNA NOVELA**

Los tiempos que siguieron a la entrevista con el padre García fueron de febril entusiasmo y de gozoso desasosiego para Elisa Regina Garcés. Primero reunió a los muchachos de la escuela pública y a las niñas del colegio de las monjas para incitarlos a la gran cruzada contra los impíos y los apóstatas. Después organizó con ellos una firme columna que arrancó del interior del templo, piedra en mano y rostros amenazantes, profiriendo a gritos las notas de un himno que comenzaba no queremos protestantes que nos vienen a engañar. En las pausas del himno entonaban el rosario y lanzaban abajos al gobierno liberal, responsable según el padre García del desbarajuste moral de la tierra.

Era sábado y el sol caía hacia la noche y había ruido de fiesta en la calle. Cuando avistaron el templo evangélico, el padre García se adelantó y desde el corredor de la casa de enfrente arengó a los muchachos y a la concurrencia eventual. Habló del liberalismo, que en nombre de la libertad introduce el libertinaje y genera los más abominables errores, entre ellos el más repulsivo a Dios, el protestantismo. Habló de que la entronización del progreso abría avenidas al desenfreno y a la depravación de las costumbres. No cabía alternativa distinta, continuaba, que enmendar el magno error y echar pie atrás en la mala senda del régimen ateo votando en las elecciones de mayo por el doctor Mariano Ospina Pérez. Porque, concluyó, citando la última pastoral de Monseñor Builes, el liberalismo está bestializando nuestra patria de modo que ya ni los niños escapan a su diabólica maraña. Todo se satura

de las ideas liberales, tantas veces condenadas por los soberanos pontífices y que están a punto de hundir nuestra patria en un abismo sin fondo, lo que no ha de permitir ese Dios adorado cuyo influjo niegan los corifeos de la secta anticristiana.

Acto seguido dió la orden de lapidar la casa en donde a puertas abiertas un grupo de creyentes batía palmas y oraba en voz alta. Las piedras rebotaron contra las puertas y ventanas y desconcharon la cal de las paredes de adobe y provocaron una música de catástrofe sobre las láminas de zinc del tejado. No conforme con la pedrea al templo, el pastor protestante suspendió el culto y se tiró de bruces, los brazos en cruz y la biblia en la mano derecha, llenando con su cuerpo el espacio de la puerta. Algunos pedruscos hicieron blanco en la cabeza del religioso, que permaneció inmóvil, la cara estúpidamente plácida, hasta que la columna de cruzados con el padre García y Elisa Regina a la cabeza se orientaron por el estruendo de fuelle de los acordeones hacia el picó de los hermanos Contreras y por la estridencia metálica de las trompetas de Pérez Prado hacia el cabaré de Sofía Rojo, por donde pasaron, fatigados los brazos de echar piedra y las gargantas de cantar y de rezar, sudorosos, como bañados en agua lustral.

No hay una sola persona mayor en San Francisco de Asís que no recuerde los incidentes de aquella tarde de principios de mil novecientos cuarentiseis. No obstante con el paso del tiempo se irán apagando imágenes, se irán desvaneciendo detalles. Lo que nunca se borrará de la memoria de los vivientes es la frase de Sofía Rojo, señalando a Elisa Regina desde el corredor de su establecimiento, apacible el gesto, sin embargo la exclamación imprecatoria de los profetas:

—Dios me castigue, padre, si miento. Y usted me va a perdonar la mala palabra. Pero esa mujer lo que está es falta de macho—.

Elisa Regina, antes que inmutarse recibió la afrenta con júbilo, como prueba de fuego en su lucha contra el mundo y sus malignas potestades. Se había propuesto la decisión irrevocable de la santificación personal y estaba dispuesta a inmolarse en el tormento del agravio y la vil ingratitud. Era operaria, se dijo, en la yerma parcela del mal, en un cascarón de pueblo consumido por la voráGINE del pecado y en ello radicaba su máximo regocijo: echar sobre sus frágiles hombros la pesadumbre de la cruz ajena sin otra recompensa que la iniquidad.

Unas semanas después del incidente en la casa de los protestantes tenía fundada la Cofradía del niño Jesús de Praga. Jamás en la historia

de la localidad se había visto a tanto niño reunido, pulcras las blancas túnicas de las que se elevaban atrás en los costados alitas de seda barata y alegres las tiernas manitas, trigueñas y blancas y oscuras manitas de párvulos, sujetando por las puntas cinticas de papel crespón, que bajaban en vistosas trenzas de la urna de cristal, desde donde el pequeño santo, con su corona de dorada fantasía y su túnica de visos opalinos y en su mano derecha la réplica en oro falso del globo terrestre, parecía estallar en una fiesta de luces. La procesión circular partía de la casa de Elisa Regina y recorrió orillando el rectángulo de la plaza con la liviana imagen levantada en andas sobre la espalda de lo chiquillos, delante de la presencia regocijada de sus madres, que en un momento, al oír las vocecitas infantiles cantando “vamos niños al Sagrario que Jesús llorando está, pero viendo tantos niños muy contento se pondrá, detrás de la niebla de las lágrimas, debieron ver a sus hijos revoloteando como ángeles triunfantes sobre aquel infierno de muerte.

Y no se había apagado aún el regocijo de esa mañana dominical, cuando dos o tres domingos más tarde desfilaban por las calles con sus trajes blancos de seda, cuyas faldas caían una cuarta más abajo de la rodilla, y las cintas de azul celeste ciñendo las airosas cinturas y las redondas medallas plateadas pendientes del cuello, las adolescentes Hijas de María.

En la misa mayor el padre García arrastrado por un sublime arrebatado, anunció la victoria de la virtud sobre el vicio y el regreso de Dios luego de un penoso exilio a San Francisco de Asís. Y en la advertencia de que era definitivo el regreso, condenó la asistencia de la feligresía a los bailes de negocio, la invención diabólica del mambo, inclusive el ritmo del botecito y el consumo de licores; anunció severas sanciones que iban desde la llamada de atención en privado, pasando por la amonestación en el púlpito hasta la extrema medida de la excomunión, a los hombres que frecuentaran los pestíferos ambientes de mancebía o se afiliaran al sindicato de la fábrica de tabaco; y prohibió en forma terminante a las mujeres el uso de vestidos de baño, los paseos indecentes en bicicleta, las rajadas de pata a caballo y el ingreso a la iglesia en mangas, el disfrute del goce mundano de los carnavales y fiestas de toros, las andanzas a deshoras de la noche y al amparo de la oscuridad con varones, la práctica impiadosa de la brujería y, tanto a hombres como a mujeres, que salieran a votar en las elecciones de mayo por Jorge Eliécer Gaitán.

Bajo el designio de Elisa Regina, a quien proclamó centinela incansable en la empresa de Dios, el padre García fundó para la Semana Santa de ese mismo año la Legión de María y la pía Congregación de Caba-

llos y Damas de la Acción Católica, con lo que se completaba el cuadro de las organizaciones laicas en el municipio, de modo que en adelante no quedarían niños, adolescentes, jóvenes y gentes mayores como ovejas descarriadas del aprisco. Todos tras el mismo estandarte y en el mismo orden cerrado de batalla, desfilaron el domingo de Resurrección ante la mirada atónita de creyentes y herejes.

Los nuevos cruzados iban a trabajar en la propagación de la fe verdadera, conduciendo el Santo Sacramento de la Eucaristía a enfermos e inválidos; distribuyendo de puerta en puerta "El heraldo católico" y "El mensajero del Corazón de Jesús"; catequizando infieles, enderezando concubinatos, bautizando moros, conduciendo el tesoro celestial de la caridad a tanto menesteroso. Pero en esas prácticas no se agotaba su ministerio. Se extendía a quehaceres más terrestres. Los cruzados estaban en la obligación de vigilar la conducta moral de la ciudadanía, evitando que los fieles, entre otras cosas, concurrieran a las películas prohibidas por la censura, a los bailes de negocios y al burdel de Sofía Rojo. Estarían también día y noche rifando chucherías, colocando gallardetes en el pecho de los transeúntes, armando toldos para la tómbola de los domingos en la plaza, tendiendo a toda hora cabuyas en la carretera para reclamar la contribución de los forasteros, tocando a la puerta de las familias pudientes, porque Elisa Regina se había comprometido a restaurar las paredes agrietadas del templo y a reemplazar el decrepito armonio de fuelles por un moderno órgano eléctrico, y a las rústicas mesas de madera por imponentes altares de mármol y a los primitivos santos de palo por imágenes de yeso del tamaño natural. En lugar de la corona de latón con barniz de crisocol que llevaba la Virgen del Carmen sobre sus sienes, la joven beata habría de colocar una corona de oro macizo con esmeraldas y diamantes incrustados y en vez de la desvencijada yegua tordilla estaría un yip último modelo enfrente de una casa cural de dos pisos, con antejardín sembrado de azucenas místicas y dalias encendidas y con salas y alcobas y refectorio espaciosos y su pulcro despacho parroquial de muebles austeros, aire limpio y un alegre tumulto de luces.

El domingo cinco de mayo desde muy temprano el padre García, Elisa Regina y los miembros de todas las congregaciones seglares, se apostaron en los cruces de los caminos, en las cuatro puntas del pueblo y en las esquinas de acceso a la plaza y repartieron con estremecida exaltación las papeletas de la candidatura presidencial de Mariano Ospina Pérez. Cuando vibró en el aire el solo de trompeta y el tamborileo del redoblante anunciando el cierre de la jornada electoral, los legionarios se amontonaron alrededor de las casetas, tensos los rostros abota-

gados en la expectativa del triunfo. No valieron los tedeums de los últimos domingos, ni las rogativas, ni los ayunos y abstinencias, ni los millones de jaculatorias en los labios de todos los fieles. Más de ochocientos hombres sufragaron por el nombre de Jorge Eliécer Gaitán, y por Ospina los mismos noventitrés conservadores de los últimos veinte años.

Primero fue el estupor de los muchachos y los señores de la Acción Católica. Después, las lágrimas de Elisa Regina y, por último, la babaza de animal con rabia en la boca del cura, al que antes de sacarlo casi a rastras, un hombre del montón, Efraín Chamorro, alcanzó a gritarle:

—Es que aquí usted puede decir misa, padre, por no hay quien se la oiga—.

Cuando se clausuraron los puestos de compra de tabaco en San Francisco de Asís, por el año cuarentitrés, a causa de la interrupción del comercio con Alemania, la población entera creyó que Sebastián Garcés había enloquecido; tanta fue la cantidad de tabaco que puso a fermentar en sus bodegas y en los locales desocupados de sus amigos, en ese y en los dos años siguientes. Compró a precio de quiebra el tabaco de tres años de cosecha en treinta leguas a la redonda, paciente, imperturbable, convencido de que la guerra no habría de durar hasta siempre. Construyó nuevas bodegas y habilitó casas para almacenar cuanto kilo de capa o jamiche le ofrecieran en venta, distribuyó préstamos de usura y dió instrucciones a sus corredores de que aconsejaran a los cultivadores la extensión de las siembras. A la hora de la cosecha los precios se vinieron al suelo y los campesinos se vieron obligados a pagar los avances con sus parcelas, con sus ganados, con trabajo y aún con sus hijas doncellas.

Restablecido el comercio, sus agentes en Europa empezaron a hacerle llegar a San Francisco lo que las exigencias del alto confort recomendaban. Al novedoso aparato de telefonía para comunicarse con los capataces de los potreros, a las tinas de baño y retretes de mármol, a la caja de seguridad Mossler, al proyector de cine y a los abanicos eléctricos llegados antes de la guerra, se agregaron un radio Philips holandés y una victrola, las pulidas escupideras de bronce, el Packard inglés y la flotilla de yips Willys y camiones americanos, la sólida cama de cobre encargada a unos célebres fundidores de Bremen y la planta eléctrica que vino pieza por pieza en desproporcionadas cajas de madera y que debieron armar al aire libre y bajo el asedio de la muchedumbre de curiosos.

Era tan imponente aquel laberinto de hierro y cables que para prenderlo había que calentarle las tolvas durante seis horas con soplete de gasolina de cinco mil calorías por segundo y había que girar con la fuerza de tres hombres un volante de cinco metros de altura. En los tiempos en que la dieron al servicio, Sebastián Garcés no podía sobreponerse a la alarma de ver que cuanto bombillo colocaban explotaba en el aire como globo de juguete. Cuando descubrió por fin que el exceso de potencia de la planta determinaba el desastre de los bombillos, decidió instalar postes con pantallas iluminadas en cada esquina, pero no fue suficiente. Entonces se vió obligado a reemplazar las lamparitas a gas de los alares por focos de alto vatiaje y terminó iluminando el interior de las casas y las cercas de matarratón de los patios y los innumerables árboles del arroyo de Mancomoján.

El alemán rechoncho de lentes con aros de grueso carey que instaló su proyector de cine en un solar contiguo a la plaza principal, los antioqueños que llegaron con ruletas y juegos de dados o vendiendo cortes de género en envoltorios de papel encerado, los santandereanos que vinieron estrasijados del hambre y las penurias del éxodo sangriento y traían unas manos milagrosas para alisar y doblar el tabaco y los turcos imperterritos que mascullaban una jerigonza gutural y que abrieron almacenes en las esquinas de la plaza y a lo largo de la calle real y el italiano que apareció por ahí vendiendo agujas y levantó de la noche a la mañana una fortuna de fantasía; todo el mundo, forasteros y naturales, debieron ver a San Francisco de Asís en aquel tiempo como a un pesebre navideño o una isla de luz flotando sobre la somnolencia del paisaje nocturno.

Por la misma época en que las casonas de madera del marco de la plaza, con balcones volados y techos de zinc fueron demolidas y en su lugar se levantaron modernas quintas de ventanales de vidrio y paredes de vivos colores y cuando los abarrotados graneros y los bochinchosos salones de billar y el infierno de la gallera y los alegres barecitos sustitúan a las melancólicas casitas de palma y bahareque y pisos de vara en tierra de la calle real, la iglesia del patrono San Francisco terminó de ser restaurada. En menos de una año fueron repelladas y pintadas las paredes por fuera y por dentro; en el caballete, encima del presbiterio se levantó la cúpula y en el ángulo extremo de la nave izquierda, la torre del reloj. Las colectas públicas, tómbolas y rifas de Elisa Regina alcanzaron también para traer de España los santos de yeso, de ojos hipnóticos y semblante misericordioso, del tamaño natural. Los escaños de madera de reluciente caoba fueron donados por el comercio y la indus-

tria y las familias principales. En el espaldar de los escaños podía leerse Rafael Velilla y Sra., Juan José García y flia., Samuel Martelo e hijos; inclusive, Sofía Rojo, los hermanos Contreras y hasta Germania Cocheros, que pasó, para la última fiesta de toros, con su prostíbulo ambulante, inmortalizaron sus nombres con los devotos obsequios a la iglesia de San Francisco de Asís. Igualmente por esos días la parroquia estrenó una custoria de oro resplandeciente y en ceremonia especial, Elisa Regina ciñó sobre las sienes gráciles de la Virgen del Carmen una corona dorada de destellos minerales y relumbrones de agua marina.

Para el cumpleaños de su hija en el cuarentisiete, don Sebastián Garcés hizo traer desde Cartagena y depositar en el frente de su casa y en el atrio de la iglesia dos gigantes cajones de madera, más gigante el último, y en presencia de las congregaciones laicas y de los niños y maestros de la escuela pública y de las muchachas del colegio de las monjas y de la multitud de fisgones, los hizo destapar y del fondo surgieron, intactos y tersos, el moderno órgano eléctrico y el piano de cola descomunal.

En aquel memorable sábado de principios de septiembre hicieron acto de presencia el nuevo alcalde militar y los policías de dril verde desteñido, de piel rojiza y dientes de oro, anonadados por el sol y por el peso del revólver y el fusil con bayoneta calada, que habían llegado unas semanas atrás para garantizar el orden y la imparcialidad del gobierno en las elecciones del mes siguiente. El joven alcalde se mostró muy solícito con don Sebastián y exhibió con Elisa Regina los modales refinados y discretamente galantes de las gentes de tierra fría. Comulgaron en la misa con gesto humillado y rodeando las cachuchas con los brazos. Todos los asistentes a la inauguración del órgano eléctrico, menos el padre García, debieron advertir en la actitud sosegada del teniente y en el continente sombrío de los otros uniformados, los signos de una nueva era en el destino de los Garcés y el advenimiento de funestas sorpresas en la historia de la localidad y del país.

El padre García, desalumbrado y achacoso, andaba en pleno día como un sonámbulo. Para entonces se le habían caído las últimas muelas y la caja de dientes le bailaba lastimosamente en la boca. Se había encorvado de tal manera que parecía un anzuelo. Ultimamente se quedaba dormido en el confesionario y como caminaba rengueando de la pierna derecha, apenas tropezaba un perro en la calle lo aventaba a golpes con la pata buena. Ignoraba o había olvidado que el presidente de la República era el doctor Mariano Ospina Pérez, pues cada vez que predi-

caba seguía atribuyendo al régimen liberal los males del mundo y la perturbación de los espíritus imperante en la parroquia de San Francisco de Asís. No se había enterado de que el alcalde y los nuevos agentes de policía no eran los mismos de abarca y bolillo de antes; que los empleados de la alcaldía eran también forasteros y que el juez promiscuo era forastero y los agentes del resguardo parecían todavía más forasteros, con sus sombreros a la pedrada y sus carabinas terciadas y sus cinturones forrados de balas, montando imponentes sobre las mulas del municipio.

Ni siquiera a causa de su sordera y la vista borrosa pudo percatarse el padre que lo que instalaron en el coro, en esa mañana del día de Santa Regina, era un armonio eléctrico, detrás del cual iría a vivir echando a torrentes la catarata de aires litúrgicos Elisa Regina Garcés, porque desde el púlpito, teniendo ante sus ojos las paredes de un blanco impoluto, los altares magníficos con santos de vivos destellos, la corona de oro labrado sobre las sienes inmaculadas de María y la custodia que parecía elevarse como una luna llena sobre el plafondo del altar, anatematizó, citando de memoria a San Agustín, contra el lujo feérico y los bienes suntuarios.

—Poseemos demasiadas cosas superfluas, dijo. Contentémonos con lo que Dios nos ha dado y tomemos solo aquello que necesitamos para vivir, porque lo necesario es obra de Dios y lo superfluo, obra de la codicia humana. Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Quien posea un bien superfluo, posee un bien robado.

Pero no fueron la vocalización deplorable ni la desatinada argumentación de las prédicas, la prueba definitiva de la demencia senil del padre García. Encabezados por Elisa Regina, don Sebastián Garcés, el alcalde militar y las familias principales, la ciudadanía se dirigió a Monseñor José Ignacio López Umaña para solicitarle su relevo de la dirección parroquial de San Francisco, la tarde de noviembre de ese mismo año, cuando una nube de muchachos apartaba a punta de garrote a un burro y una burra que atropellaban el uno detrás de la otra a lo largo y ancho de la plaza. El garañón tenía arrinconada a la pollina contra una pared. La olía debajo de la cola, ansioso, y elevaba el hocico al cielo en graves morisquetas. La hembra doblegó el cuello casi mascando con la bamba el polvo, resignada, y se defendía tirando breves pataditas al cuello del macho. El padre García que oyó el alboroto humano y el rebuzno de los animales, se levantó del taburete que tenía recostado al palo de mamón de la plaza y arrastrando la pata enferma se acercó a los

muchachos en el preciso instante en que el garañon blandía su enérgica y vibrante musculinidad encaramado en las ancas de la pollina. El padre se abrió paso a codazos y gritó con la voz nítida, por primera vez nítida en muchos años, el gesto severo y el énfasis de las manos en alto.

— Todo el mundo respira amor, dijo, y ustedes no se dan cuenta. La naturaleza está llena de amor. En las aves del cielo hay abundancia de amor y en las bestias de la tierra, menos en el corazón de ustedes, concluyó señalando el tropel de gentes que había empezado a rodearlo. Algunos lo oyeron conteniendo la risa, otros con lástima. El padre García, como sobrecogido por un éxtasis, solo se retiró del escenario cuando el burro puso las dos patas delanteras en tierra y miró a la multitud con los ojos vidriados por la tristeza.

## "EL ESTUDIO DEL LENGUAJE EN SU CONTEXTO SOCIAL"

### METODOLOGÍA

En cualquier curso de lingüística relacionado con la enseñanza en la comunidad lingüística, existe siempre un gran interés en los primeros pasos que se han de dar: "¿Qué es lo que se debe hacer?" Esto no es una pregunta trivial, los pasos de un curso para enseñar y aprender a enseñar, son problemas mayores para el estudiante. Sería un error describir estos primeros pasos, ya que en estos momentos y prácticas están implicados muchos principios esenciales de la conducta social y lingüística. Un examen detallado de estos supuestos metodológicos se puede encontrar acerca de la naturaleza del discurso y de las funciones del lenguaje.

La cuestión sociolingüística fundamental está planteada por la necesidad de comprender por qué alguien dice algo. Hay cuestiones metodológicas acerca de la recolección y grabación de datos que inevitablemente surten las bases para los análisis lingüísticos. Es necesario tener que los buenos datos muestran que nuestra gramática, especialmente para el análisis gramatical del habla natural. Después de definir y aislar las variables cruciales, se necesita lo que se puede hacer con la ayuda de algunas notas. Para nuestra aproximación básica a la comprensión lingüística está gobernada por la necesidad de revelación de grandes segmentos de muestras del habla natural bien grabadas. Podemos decir